

NEUROLOGÍA GILLETTE

(vista por un paciente)

“Una clínica cura a los pacientes. Una comunidad que cuida sostiene a las personas”.

I. Patología neurológica

Todos tenían miedo de perder el corazón.

Durante siglos, el corazón fue considerado el centro de la vida, la sede de los sentimientos, de la fuerza y del valor. Cuando el corazón se detenía, todo terminaba.

Luego la humanidad empezó a comprender, poco a poco, que había otro soberano.

Silencioso.

Invisible.

Absoluto.

El cerebro.

Bastaba observar a las familias, a los amigos, a los conocidos, el paso de las generaciones y la llegada de la enfermedad para comprender una verdad sencilla: el cerebro lo gobierna todo.

Cada movimiento.

Cada palabra.

Cada recuerdo.

Cada esperanza.

Cuando el cerebro se altera, no sufre solo una parte del cuerpo. Sufre todo el sistema humano.

Durante mucho tiempo, la respuesta fue el miedo.

A las personas afectadas por dolencias neurológicas se las aislaba, se las escondía; a menudo se las comprendía poco y se las ayudaba todavía menos. Las familias afrontaban solas una carga enorme. El conocimiento médico era limitado y los centros especializados, casi inexistentes.

Parecía una batalla destinada a perderse.

Luego llegó el tiempo de la comprensión.

La humanidad comprendió que no se hallaba ante casos aislados, sino ante uno de los grandes desafíos de su propia existencia.

Párkinson.

Alzhéimer.

Enfermedades degenerativas.

Lesiones neurológicas.

Traumatismos.

Enfermedades raras.

Afecciones congénitas.

Nombres distintos para una misma realidad: la fragilidad de ese órgano que gobierna cada función de nuestra vida.

A partir de aquel momento, la neurología dejó de ser una mera disciplina médica.

Se convirtió en una responsabilidad colectiva.

La patología neurológica no llama a la puerta.

Entra en la vida de las personas y cambia las reglas del juego.

II. ¿Por qué?

Para explicar lo que significa vivir con una dolencia neurológica:

el cuerpo que no responde;

los límites;

la dependencia;

la pérdida de autonomía;

la redefinición de la normalidad.

No la enfermedad.

La vida en torno a la enfermedad. La vida en torno a los demás.

Quien carga con el peso casi nunca es el paciente. El paciente a menudo lucha sin comprender del todo el campo de batalla. Quien permanece a su lado, en cambio, ve cómo el tiempo cambia de forma y aprende que cada día ganado vale más que las grandes promesas.

La patología puede alterar el camino. No puede borrar el valor de la persona.

El amor es su parte esencial, más allá de cualquier mera conquista — y nadie sabrá nunca lo que le va a pasar.

Yo he pasado por ahí: trastorno bipolar, de grado indefinido, que al final resultó no ser más que una hipervigilancia infantil causada por mi madre, que, siguiendo el viejo dicho “palos y buñuelos hacen hijos hermosos”, me llenó de bofetadas y me encendió el ecualizador del cerebro.

Para entender las cosas antes de que ocurran — pero no soy mago ni santo, ni milagrero.

Y, sin embargo, cerca de quienes sufren — después de perder a mi madre y a mi padre por el alzhéimer, y de la pregunta: pero ¿este quién es? No lo conozco.

III. Epílogo

Una clínica es un edificio.

Una comunidad que cuida es algo más.

Es el encuentro diario entre personas que sufren, personas que acompañan, personas que cuidan y personas que han elegido asumir la responsabilidad de construir un lugar donde la esperanza pueda transformarse en método, compromiso y posibilidad.

Estas páginas no hablan de un edificio.

Hablan de las personas que pasan por él.

Cada día.

IV. Página del autor

Esta obra no fue un encargo.

No se vendió.

No se hizo con fines comerciales.

Se escribió para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico — no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.

Ferdinando